

## EL PRINCIPIO DEL INSTITUTO. TESTIMONIO DE JAIME LITVAK KING, PRIMER DIRECTOR DEL IIA (1973-1985)

*Jaime Litvak King*

En el inicio del año 1968, la Sección de Antropología del Instituto de Investigaciones Históricas estaba creciendo, no sólo en tamaño sino también en calidad. Los investigadores, Juan Comas y Santiago Genovés, en antropología física; Pedro Bosch Gimpera y Eduardo Noguera en arqueología, Paul Kirchhoff en etnología y Mauricio Swadesh, en lingüística, se distinguían por su reputación internacional. Eran investigadores de gran alcance, y además, como maestros, estaban entre los formadores de generaciones de antropólogos en México y en otros países.

En aquel momento, Juan Comas, Jefe de la Sección de Antropología, y Miguel León Portilla, Director de Históricas, se plantearon el futuro de los antropólogos en la UNAM. Esta institución había hecho un convenio con el Instituto Nacional de Antropología e Historia, mediante el cual el gobierno se comprometía a otorgar los títulos relacionados con la antropología, mientras que la Facultad de Filosofía y Letras, se encargaría de los grados en historia. Así, la población de investigadores se nutriría de instituciones como la Escuela Nacional de Antropología e Historia, o como la Universidad de las Américas, en Cholula y de escuelas fuera de México.

La decisión de Comas y de León Portilla fue hacer crecer el cuerpo de investigadores de la Sección de Antropología, buscando a gente de buena calidad, más joven que los investigadores universitarios que la fundaron. Por este motivo, se solicitó, y después fue aprobado, un concurso para convocar a antropólogos.

En 1968, un poco después de los movimientos estudiantiles, y después de poco más de un año de un movimiento político en la ENAH, no faltaron solicitantes para ingresar a la Sección de Antropología en la UNAM. Llegaron jóvenes antropólogos a concursar y se formó una generación, cuyos miembros eran entre otros: Guillermo Bonfil, etnólogo de la Escuela Nacional de Antropología e Historia; Fernando Horcasitas, lingüista de la Universidad de

las Américas; Carlos Navarrete y yo, arqueólogos de la ENAH, los lingüistas Yolanda Lastra, egresada de una universidad americana y Juan José Rendón, de la ENAH. Todos habíamos recorrido rutas muy distintas en nuestro aprendizaje y a lo largo de nuestra carrera.

Una acción que tuvo influencia determinante en la antropología de México fue la apertura del doctorado, técnicamente en la Facultad de Filosofía y Letras, pero con gran presencia de los investigadores de la Sección. Fue el primer doctorado en México, al que varios antropólogos nos inscribimos para cursar los seminarios de su programa. El primero que se graduó fue el mayista Alberto Ruz, seguido por el arqueólogo Román Piña Chan. Luego se doctoró Guillermo Bonfil y luego yo. Este doctorado continuó, aunque con algunos cambios, y hoy la UNAM tiene dos posgrados relacionados con la antropología, el del mismo nombre y el de Estudios Mesoamericanos.

Todos empezamos a trabajar en la Sección bajo condiciones particulares, no experimentadas antes y no comparables con las de otras instituciones. Por ejemplo, el INAH estaba dividido en grupos por especialidad, donde se hablaba de la importancia de los centros de investigación por región y estado. Nosotros no estábamos divididos de esa manera; trabajamos por toda la República, lo cual generaba un ambiente de trabajo muy distinto. Ocupábamos un espacio cerca de la Facultad de Ciencias y, como no teníamos lugar para cubículos individuales, compartíamos los que había, con los investigadores más antiguos de la Sección. De esta manera, teníamos la posibilidad de intercambiar información, hipótesis y datos diversos.

Empezamos por reunirnos todas las semanas, formal e informalmente, en nuestros cubículos y fuera de ellos, para discutir y opinar acerca de distintos temas, lo cual enriqueció nuestra antropología, haciéndola más universal. Otra experiencia valiosa fue la presencia de los investigadores de la Sección de Historia del Instituto. El contacto con espléndidos colegas, magníficos maestros y su conocimiento de las fuentes históricas, así como de los periodos históricos que eran muy tempranos para unos de nosotros, o muy recientes para otros, nos proporcionaron un cuadro geográfico y temporal que nos permitió llevar el ejercicio de nuestra antropología de otra forma.

Nuestros acervos para consulta eran muy limitados y teníamos que recurrir a las bibliotecas de INAH que, gracias al maestro Pompa y Pompa, podíamos usar sin mayor problema. También podíamos recurrir a la espléndida biblioteca del maestro Comas. Estas carencias permitieron plantear desde entonces, uno de los objetivos futuros del Instituto: hacer una biblioteca mundial para antropólogos.

Otro problema temprano por resolver fue el transporte. Cuando empezamos, hicimos uso de nuestros automóviles para el trabajo de campo, pero era impresionante la necesidad de un vehículo. Eventualmente conseguimos una magnífica camioneta Jeep, que usamos todos y que recibió el nombre de La Vaca.

Otro problema, cuando menos para los arqueólogos y luego para los antropólogos físicos, era la necesidad de contar con laboratorios que permitieran realizar tres funciones: ayudar a procesar el material de campo, trabajar sobre rasgos comunes e importantes para Mesoamérica y México y generar otras líneas de investigación.

Los laboratorios se fueron abriendo y se convirtieron en una excelente conexión con estudiantes de antropología y de otras carreras, especialmente de ciencias, que requerían aprendizaje de técnicas para emplearlas en futuras investigaciones. Los primeros laboratorios tuvieron su propio espacio, cuando la Sección contó con un espacio suficiente para sus instalaciones.

Una inquietud de la Sección fue participar en congresos y presentar ponencias con los resultados de nuestras investigaciones, al mismo tiempo que establecer contactos con investigadores de otras organizaciones para fines académicos, de estudio, de trabajo y, por qué no, de carácter social.

La Sección fue creciendo con la incorporación de otros jóvenes investigadores. Unos años después, ya éramos tan grandes como la Sección de Historia. En ese momento se empezó a formar el Instituto de Investigaciones Filológicas y la Coordinación de Humanidades unió los dos casos y el coordinador, Rubén Bonifaz, buscaba presentar al Consejo Universitario las candidaturas.

El doctor Juan Comas estaba en Europa; había salido a su año sabático. En el primero, nombró a Yolanda Lastra como jefa provisional de la Sección de Antropología. En el segundo, me nombró a mí. Cuando escuchamos “los chismes” de que nuestra Sección podía convertirse en instituto, me comuniqué por teléfono con el profesor Comas. Esto tenía que ver no sólo con su labor, sino también por ser reglamento de la Universidad, si íbamos a ser un instituto, Comas debía perder la posibilidad de encabezarlo, puesto que ese cargo sólo lo podían ocupar mexicanos por nacimiento. A Comas no le preocupó, pues lo que le importaba era la creación de una institución universitaria firme y con futuro. Así era Comas, no sólo un gran investigador y un extraordinario maestro, sino también un hombre cabal que amaba a la universidad. Sirva este trabajo como un homenaje a sus logros y a su carácter.

En octubre de 1973, cuando se creó el Instituto de Investigaciones Antropológicas, rectoría me eligió como su director y nombramos como secretario

académico a un joven investigador, antropólogo físico y médico: Luis Vargas, quien había llegado de Francia después de hacer su doctorado.

La Sección tenía su sede en un piso de la Torre de Humanidades. Luego, ya como Instituto nos cambiamos a un edificio que hoy es parte del CELE. Allí empezamos a trabajar y a crecer; asimismo a requerir de otros espacios. Finalmente, se nos dio la oportunidad de construir nuestro propio edificio, que desde hace 30 años es nuestro querido espacio de trabajo.